



si allí no le detuviera un monton de recuerdos históricos que parecen salirle al encuentro como para saludar al que hasta allí ha llegado en su busca.

En efecto, la primera fundacion de Oña se pierde en la oscuridad de los tiempos, y demasiado patentiza su pobre caserío el orijen de su remota antigüedad, y demasiado descubre cada casa el baño de los siglos que al pasar han impreso su huella en su franca fisonomía. Oña es un pueblo vírgen, un pueblo que se presenta con toda su desnudez y toda su naturalidad primitiva al estudio del literato y al exámen del arqueólogo.

Se sabe por tradicion que ya én los remotos tiempos fué habitado por los españoles que huyeron del ignominioso yugo de Cartago y de Roma, por los hombres libres que no quisieron servir de lujosa cuádriga al carro del orgulloso vencedor que necesitaba hombres y no caballos para tirar de sus doradas y brillantes carrozas.

Cuando la luz de la verdad hubo aparecido, cuando el símbolo triunfante de la cruz salvadora hubo anunciado una era de gloriosa regeneracion al mundo, la naciente Iglesia perseguida encontró tambien en este pueblo un altar ante el cual postrarse de rodillas y un asilo en el que poder abrigar á las cohortes de sus mártires-soldados.

Los mismos judíos en el desamparo y abatimiento en que para siempre les dejara el divino anatema fulminado sobre sus impías cabezas, hallaron en Oña un dulce puerto donde detenerse á descansar en el camino de su vida siempre aciaga y siempre errante, pues que allí fundaron con separacion de los cristianos un barrio que se denominó *Barrio-uso*, y cuyo nombre posteriormente ha conservado (1).

Por fin, en las turbulentas guerras de Castilla, cuando las hordas de los agarenos se desencadenaron como torrentes salidos de madre por las feraces vegas de nuestra patria, cuando lejiones innumerables de bárbaros vinieron á convertir nuestros cármenes en campamentos, nuestras ciudades en serrallos y nuestros templos en mezquitas, Oña se conservó sin mancilla, Oña vió entonces elevarse en su seno, fundado por Don Sancho, conde de Castilla, un monasterio que debia ser con el tiempo uno de los mas célebres y grandiosos de España.

Todos estos recuerdos son los que hablan de una manera muy alta al corazon del caminante que llega al pueblo casi ignorado cuyos mus-

(1) J. Guillen Buzaran.

tios verjeles de una mezquina vega bañan las aguas murmurantes del Omino.

El monasterio de Oña fué en un principio asilo donde corrieron á refugiarse como en su nido candidas palomas, cristianas vírgenes que huyendo de las peligrosas escenas del mundo y del estruendo de los campos de batalla, buscaron la tranquila paz de un claustro solitario donde poder elevar sus fervientes preces por el triunfo de las armas de sus hermanos.

Fué su primera abadesa Doña Frigida, hija del conde fundador, venerada en la Iglesia como santa y cuyo cuerpo aun allí se conserva. Entonces las dimensiones del edificio eran muy reducidas y humilde su estructura. Andando el tiempo, es decir ochenta años despues, el monasterio tomó mayores proporciones y Don Sancho Ramirez de Navarra y Aragon, yerno del fundador y padre del infante D. Vela trasladó las piadosas vírgenes á Bailen, cediendo el edificio de Oña á monjes que hizo venir de Cluni y á los cuales allí instaló dándoles por abad á San Iñigo.

Muchos sabios y virtuosos prelados vió entonces este claustro reunidos bajo sus bóvedas y no es estraño, puesto que, respetado de los moros, pudo atravesar el borrascoso mar de las guerras de Castilla, de las vicisitudes desgraciadas de la madre-patria, como el arca de Noé atravesó, intacta y libre, las olas irritadas del diluvio.

Majestuoso, como hemos dicho, es el aspecto de este monasterio. Su arquitectura ofrece en sus líneas severas, en su sencilla forma el sello clásico de su remota antigüedad. Tan elegante como vistosa es la portada principal, que enseña, como una coqueta sus galas, su orden de arquitectura corintia y sus hermosas columnas, cornisas y blasones. El interior del edificio presenta en el dia un vacío asombroso, una soledad que espanta. El alma se llena de tristeza al recorrer aquellas habitaciones desiertas, aquellos corredores solitarios poblados un dia por los grupos de caballeros que paseaban departiendo mano á mano y guardando, vigilantes mesnadas, el sueño de sus condes soberanos que descansaban de los azares de la guerra en los apartamentos para ellos reservados en el religioso local dó piadosos sacerdotes conservaban el legado de sus mayores.

Nada queda apenas de aquellos tiempos, nada conserva el monasterio del lujo y esplendor con que todo induce á creer que fué rodeado. Solo

en alguna que otra habitacion asoman ruinosos en las paredes los marcos de trabajado ebano que aprisionaban sin duda bellas pinturas, solo alguna que otra puerta conserva sus hojas de nogal con lindisimas molduras, solo en fin alguna que otra bóveda guarda los harapos de las bellas cornisas y de los preciosos relieves góticos que un día constituyeran su adorno.

La mano del tiempo, la incuria de los hombres, el soplo de la revolucion lo han todo borrado ó destrozado.

Los claustros altos del monasterio son estrechos y sombríos estendiéndose en diversas direcciones y formando una especie de laberinto en razon á su prolongacion y número. Las celdas son espaciosas y cómodas, distinguiéndose entre todas la habitacion que ocupaba el abad por su belleza y en la cual hay restos que patentizan el gusto con que estaba decorada.

Pero lo de mas precio que encierra el edificio, lo que merece la mayor alabanza, lo que es mas digno de atencion, es la iglesia y tambien el patio y claustro gótico que á ella dan entrada. Mas moderna es indudablemente esta obra que lo restante del convento, y su mérito y primor son extraordinarios. Grandioso es el patio, elegante y vasto; su plano forma un cuadro enlosado de mármol: en uno de sus ángulos ve elevarse una preciosa fuente de piedra y en rededor suyo ve desplegarse, con una riqueza grande de arquitectura y un lujo grande de detalles, los sorprendentes y magníficos claustros, cuyo esquisito estilo gótico ha atraido, poderoso incentivo, á no pocas caravanas de ilustres viajeros que han ido á contemplarlo con admiracion y pasmo.

En el extremo de uno de estos claustros se halla la puerta que da paso á la iglesia por bajo una elegante portada de vistosa perspectiva.

Qué puede buscar ahora el viajero en aquel templo profanado que le ofrece solo un monton de escombros? Allí apenas hay otra cosa que recuerdos. Los sepulcros han sido violados, los altares destruidos, las imágenes arrojadas de los nichos donde las habia colocado la piedad de los fieles.

Allí solo se recuerda, se recuerda y se llora!

Una magnífica verja conservada aun en bastante buen estado separaba el concurso devoto de los fieles del grupo de los retirados monjes. Todo el interior de la iglesia es esplendoroso y bien concluido, brillando la única nave de que se compone con el buen gusto de su gó-

tica arquitectura. Las capillas están completamente arruinadas y solo el órgano que se eleva majestuosamente al lado del coro alto ha podido salvarse del general estrago.

Antes de llegar al altar mayor, y cerca del elevado y elegante presbiterio, despliega el coro bajo sus sillas de negro y bruñido nogal con bellas molduras del mas delicado trabajo. El presbiterio de mármol oscuro se eleva mas de cuatro piés sobre el desigual y ruinoso pavimento del templo, en el que y casi en su último término, se halla el ara sagrada. Sobre ella y á bastante elevacion se alza el grandioso y dorado tabernáculo adornado de estatuas, cornisas y follajes, que constituyó el soberbio altar mayor de este viejo santuario. En los lados del evangelio y la epístola se ostentan, colocados entre columnas y sostenidos en anchos pedestales, los ocho antiguos sepulcros de negro nogal dó yacen los restos del primer fundador del monasterio con los de otros personajes de esta ilustre familia que posteriormente reinaron en España. Al lado del coro bajo se encuentra otra grande y espaciosa puerta que conduce á los claustros interiores del convento y tambien á la sacristia. Esta es digna del suntuoso edificio á que pertenece y el local mejor conservado que en todo él se encuentra. Su primorosa estructura es gótica y su bóveda variada y vistosa. Rodéala por sus cuatro frentes, sin dejar mas espacio que el que ocupa la puerta, una estensa y corrida mesa de cedro sobre la que se levantan algunos espejos y doce hermosísimos cuadros (con marcos y cristal) pintados al óleo que representan á los doce apóstoles. Por su sobresaliente mérito ha sido considerado este apostolado, desde tiempo remoto, como una de las mas ricas joyas del convento (1).

La frondosa huerta que tiene á la espalda el edificio es notable por la estension de su radio y el grande estanque que en ella se conserva, en cuyo abundante raudal, naciente en aquella montaña, pueden bogar barcos y ejercitarse en la pesca. Este célebre convento ha tenido pingües rentas y 28 prioratos que fueron un día conventuales hasta que por el concilio tridentino y capítulo general de los monjes se mandó hacer la reunion de todos (2).

Ignoramos si últimamente se ha renovado este célebre monasterio que tan descuidado se tenía cuando le visitamos en 1844, en menoscabo de

(1) J. Guillen Buzaran.

(2) Sainz.

la moderna civilizacion. Sus escombros demostraban entonces de una manera patente el fruto aciago de nuestras discordias, y el viajero al llorar sobre las ruinas de tan ilustre y preciado monumento, lloraba tambien sobre los males de la patria que se sentia sin fuerzas para mantener intacta una página gloriosa, cuya conservacion debia mirarse como orgullo de la España y esplendor de sus hijos.

## II.

### LA VARONA CASTELLANA.

Una tarde, cuando aun los hijos de San Benito no habian sido todavía llamados para ocupar las retiradas celdas de Oña, cuando estas eran aun ocupadas por las vírgenes del Señor, la superiora recibió recado de que una dama principal á juzgar por su apostura, deseaba hablarla en secreto.

Dió permiso la superiora para que se la introdujera.

Pocos momentos despues, una muger entraba en la celda. Vestia un traje de rica pero sencilla tela y un manto como los que entonces usaban las damas de alcurnia la envolvía toda. En cuanto se halló ante la superiora, la desconocida se dejó caer de rodillas y dijo con voz conmovida.

— Madre, no me lo negueis, oh! no me lo negueis por Dios! quisiera acabar mis dias en el asilo de este santo monasterio.

— Hija mia, — contestó con voz afable la superiora, — la casa de las esposas del Señor no cierra sus puertas á nadie. Solas estamos; descubríos ahora y decidme quien sois.

La desconocida apartó el manto. Era una muger ya entrada en edad, pero en su rostro se leian los agraciados restos de una belleza nada comun al par que brillaban en su fisonomía los rasgos de un carácter enteramente varonil. La espresion de sus ojos sobre todo encerraba tal firmeza, tal superioridad, tal mezcla de energía y de dulzura, que quien la veia por vez primera, sentíase subyugado por aquella mirada propia mas bien de un hombre criado en el campo de batalla, que de una muger educada para brillar en los salones de palacio y en los andenes de las justas.

La superiora la contempló sin decir nada.

— Quien soy quereis saber ahora? — dijo la desconocida con un acento dulce pero en el que se traslucia cierto tinte de orgullo que acaso no pudo dominar. — Pues bien, soy la Varona castellana.

Al oír este nombre la superiora se puso en pié.

— La Varona! vos! oh! bienvenida seais, noble señora, y es este un bello dia para las vírgenes que se consagran al culto religioso, pues que venís á partir su morada y á demandar la hospitalidad de su pobre techo. La patria que os bendice por vuestro valor os admirará por vuestra piedad. El estado de viudez que os caracteriza, Doña María, no os permite vestir el hábito de castidad como hubierais quizá deseado, pero retirada podeis vivir en una de nuestras modestas celdillas, gozando las delicias inefables que guarda el Señor para sus penitentes protegidas.

Dijo la superiora, y Doña María la besó la mano derramando lágrimas de gozo y dándole las gracias.

Veamos ahora quien era la muger que fué á demandar humilde hospitalidad al monasterio de las esposas de Dios.

Gruesas gotas de lluvia empezando á caer en profusion de los preñados nubarrones que se cernian sobre los bosques de Villanañe, dispersaron una comitiva de caza que una mañana de octubre de 1064 se entregaba á todo el ardor de tan peregrina diversion.

Pero, cuando la próxima tempestad aconsejó una prudente retirada á los que dirijian los grupos de monteros, ya la batida habia empezado y una dama, vestida con varoniles arreos, se habia internado en el bosque montando un gallardo alazan y con toda la impetuosidad de una desatada carrera.

Era Doña María Perez de Villanañe. Habia visto cruzar por entre el follaje al jabalí y arrojárase veloz en su persecucion, con todo el placer y en-